

PREMIOS ESTATALES DE LITERATURA 2024 | CUENTO PARA NIÑAS Y NIÑOS |

EL ÚLTIMO MAMUT

ALFREDO ORTEGA TRILLO



EL ÚLTIMO MAMUT

ALFREDO ORTEGA TRILLO

| PEL |

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Marina del Pilar Avila Olmeda

GOBERNADORA CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Alma Delia Ábrego Ceballos

SECRETARIA DE CULTURA Y DIRECTORA GENERAL

DEL INSTITUTO DE SERVICIOS CULTURALES DE BAJA CALIFORNIA

Ava Isabel Ordorica Canales

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Francisco Javier Fernández Acévez

DIRECTOR EDITORIAL Y DE FOMENTO A LA LECTURA

El último mamut

D.R. © 2025 Alfredo Ortega Trillo

D.R. © 2025 Secretaría de Cultura e Instituto de Servicios Culturales de Baja California. Av. Álvaro Obregón #1209, colonia Nueva, Mexicali, Baja California, C.P. 21100

Primera edición, 2025

ISBN: En trámite.

Coordinación editorial: Elma Aurea Correa Neri

Maquetación de interiores y cubiertas: Rosa Espinoza

Ilustración de portada e interiores: Dayana Sarria

Fotografía de solapa: David Maung

Jurado calificador: Enrique Escalona, Bernardo Fernández y Vivian Mansour

Queda prohibida, sin la autorización expresa del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y tratamiento tipográfico.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante autoridad competente.

PREMIOS ESTATALES DE LITERATURA 2024 | CUENTO PARA NIÑAS Y NIÑOS |

EL ÚLTIMO MAMUT

ALFREDO ORTEGA TRILLO



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA
Secretaría de Cultura
Instituto de Servicios Culturales
de Baja California

PRESENTACIÓN

Con más de tres décadas, los Premios Estatales de Literatura (PEL) se han consolidado como referencia esencial para la creación y la difusión de las letras en Baja California. Desde su primera convocatoria a finales del siglo xx, el certamen ha nutrido la tradición editorial de la entidad, con dieciocho ediciones, cerca de 80 autoras y autores publicadas y más de 130 títulos que forman parte de la memoria cultural y del patrimonio literario del estado.

Las transformaciones profundas que marcan a nuestra sociedad dejan su impronta en la producción artística. Nuestro horizonte cultural se ha expandido al ritmo de los cambios sociales, políticos y económicos de una región pulsante y dinámica. El resultado de este proceso ha sido la conformación de una comunidad literaria cada vez más diversa, en la que dialogan generaciones distintas con miradas, voces y estilos que conviven en un mismo territorio. Echar un vistazo a la narrativa, poesía, teatro, crónica, ensayo o periodismo cultural que se produce en Baja California permite vislumbrar la experiencia de ser frontera, las búsquedas y rumbos de la expresión escrita, con inquietudes que, a su modo, abordan temas universales de nuestro tiempo.

De manera consistente, los PEL han hecho posible la aparición de plumas emergentes que, en algunos casos, logran así publicar su primer libro; a la vez que mantienen la puerta abierta a voces preexistentes del ámbito literario de Baja California quienes aportan su experiencia y hacen patente su crecimiento en el oficio, con la oportunidad de ganar hasta tres veces. Para el anecdotario, en esta edición 2024 contamos con el título debutante en la categoría de crónica, lanzada apenas en 2022-2023, así como con la primera obra escrita en coautoría, en dramaturgia para niñas y niños.

Al frente del proyecto cultural que nos convoca, y con el impulso de nuestra Gobernadora del Estado, Marina del Pilar Avila Olmeda, reafirmamos el compromiso de una política cultural incluyente y sensible a los desafíos de nuestra época. El reto es robustecer el prestigio de los PEL y, al mismo tiempo, garantizar que sigan siendo un espacio abierto a la pluralidad, la innovación y el

pulso del arte contemporáneo. De ahí que, por segunda ocasión en los últimos cuatro años, incrementamos la bolsa en todas las categorías: tras permanecer 30 años estática, en 2022 subió de 25 mil a 40 mil pesos, y en esta edición alcanzó los 50 mil pesos.

A esto se suma una política inédita en Baja California: distribuir los libros gratuitamente, lo que sin duda facilita el acceso de la población al acervo en el marco de los programas de fomento a la lectura y difusión de la obra literaria y artística. Las autoras y los autores premiados cuentan con múltiples foros y espacios para presentar sus libros, tanto en ferias del libro y festivales, como en bibliotecas públicas, jornadas comunitarias y entornos escolares.

Por otra parte, la presente edición de los PEL se distinguió por la selección de jurados pertenecientes al ámbito nacional, siendo en su totalidad personas de prestigio en las distintas categorías, que no nacieron en Baja California ni viven en nuestra entidad, como una decisión orientada a fortalecer la imparcialidad en los dictámenes.

En la categoría de cuento para niñas y niños, el Premio Estatal de Literatura fue otorgado a *El último mamut*, obra escrita por Alfredo Ortega Trillo. He aquí los méritos que señaló el jurado en su dictamen:

La obra se distingue por su desparpajo, sentido del humor y sentido del asombro. Se destaca por su vocación lúdica, sin plantear una visión moralista o aleccionadora. Presenta un juego de lenguaje que sumerge al lector en un universo propio y original.

Nos corresponde ahora, con gusto y con orgullo, difundir ampliamente este libro y toda la colección PEL 2024. Celebramos que estos títulos lleguen a manos de la población lectora de Baja California en forma gratuita, sobre todo en comunidades vulnerables de nuestro territorio, con presencia en bibliotecas públicas, clubes y salas de lectura de los siete municipios. De esta manera contribuimos a mantener vivo el diálogo entre generaciones y miradas, como testimonio del dinamismo y de la profunda vitalidad de la cultura en Baja California.

Alma Delia Ábrego Ceballos

Secretaría de Cultura y

Directora General del Instituto de Servicios Culturales de Baja California

EL ÚLTIMO MAMUT

A los niños del salón 131

I

UNA LLAMADA DE ALARIDO

Carpicio y Deodeo. Sí, tenían nombres muy feos, y estaban en el salón 131.

Era Carpicio largo y estirado como una espada. Le gustaba imaginar historias increíbles, buscarle a las nubes figuras de animales y resolver adivinanzas como ésta, que la profesora Amy un día les leyó:

*Para ser más ELE...GANTE
no usa guante ni chaqué
solo cambia en un instante
por una “efe” la “ge”*

“Ele...gante... ¡ELE...FANTE!”, gritó Carpicio desde su asiento.

Deodeo era bajo y redondo como un balón. Iba por la vida con los pies más pegados a la tierra y no se elevaba tan fácilmente por los cielos de la fantasía. Lo suyo eran las tablas de multiplicar, que se sabía al derecho y al revés, y hacer dibujos de perros con su lápiz 2B.

Carpicio y Deodeo eran muy distintos, pero algo tenían en común, y era que cuando jugaban básquetbol su equipo siempre perdía, como si a través de ellos obrara una extraña maldición. Al poco tiempo nadie los quiso en sus equipos, y en los recreos Carpicio y Deodeo acabaron platicando y haciéndose mejores amigos.

Un buen día en el recreo los dos mejores amigos atravesaron las canchas de básquetbol sorteando pelotazos mientras pateaban un vasito de papel, y llegaron hasta la última cancha, a donde nadie iba a jugar, y junto a la que había quedado abandonada una retroexcavadora por causa de un

tornillo roto. Sentados a la sombra de este armastroste, Deodeo sacó su lápiz 2B y se puso a dibujar en su cuaderno un perro. Carpicio seguía la figura de una nube con la mirada en el cielo: cuatro patas tenía y una trompa.

—Me gustaría que un día nos ocurriera algo extraordinario —dijo Carpicio.

Es verdad que para entonces ya existían personajes de cuento más famosos que Carpicio y Deodeo, que habían visto dragones que vuelan, molinos convertidos en gigantes y espejos por los que entraron a otros mundos; pero lo que Carpicio estaba a punto de oír al agacharse para abrochar las agujetas de un zapato iba a asegurarles a los dos mejores amigos un lugar muy merecido en el mundo de los cuentos.

—¡Dime que no estoy loco! —exclamó Carpicio, que se había tirado al piso, como abrazando al mundo.

—Lo estás —dijo Deodeo, concentrado en su dibujo.

—¡Pero, oye esto, hermano! —clamó Carpicio.

—Loco de remate —remarcó Deodeo; pero dejó lo que hacía por seguirle la corriente a su mejor amigo y aplicó la oreja al suelo.

—¡¿Guaaat?! —exclamó.

En efecto, unos ruidos extraños salían de allá a bajo.

—¡Hay que ayudarlo! —exclamó Carpicio.

—¿Ayudarlo a quién?

—¡Al último mamut del Pleistoceno!

Deodeo que, si bien había creído oír ruidos extraños debajo de la tierra, tampoco es que lo atribuyera a los barritos de un mamut, pero halló más divertido el entusiasmo de su amigo que el dibujo de su perro y se volcó a la original aventura de barrer el piso con las orejas. Mas, no bien se cansó de andar arrastrándose en el suelo se puso de pie:

—Esto no puede ser —dijo, poniéndose serio—. No es posible. Tenemos que estar soñando.

Pero Carpicio no iba a renunciar tan fácilmente a una aventura tan extraordinaria como la que se les presentaba y encaró a su amigo con esta lógica fulminante:

—No podemos estar soñando los dos lo mismo —Lo pellizcó en un brazo.

—¡Ay! —exclamó Deodeo.

Deodeo le reviró el pellizco en el momento en que sonaba el timbre para volver a clase.

—¡Ay! —exclamó Carpicio—. ¿Lo ves? No estamos soñando.

La profesora Amy movía los labios. Carpicio no la oía porque aún retumbaban en sus orejas negras de barrer el suelo los barritos del último mamut del Pleistoceno; y cuando comenzó a oírla, les hablaba de los antiguos pobladores kiliwa, kumiai, pai-pai y cucapá de la península de Baja California, cuya dieta, seguía diciendo ella, se basaba en bellotas, conejos y venados. Aquí fue cuando Carpicio alzó la mano:

—Y, ¡mamuts! —agregó a la lista.

Todos los niños del salón se rieron y la maestra intervino:

—Bueno, sí, Carpicio —dijo ella— hace diez mil años, cuando la última glaciación y casi todo el planeta estaba cubierto de hielo, los hombres de la prehistoria cazaban mamuts con lanzas y flechas hasta que los extinguieron.

Carpicio volvió a alzar la mano y la maestra se mordió el labio inferior:

—No se extinguieron todos —dijo Carpicio.

Otra explosión de risas sacudió el salón 131 y Deodeo soltó su lápiz 2B, convencido de que su amigo se había vuelto loco.

Sonó el timbre del segundo recreo y Carpicio y Deodeo atravesaron las canchas de básquetbol esquivando pelotazos. Llegaron hasta la retroexcavadora abandonada. Deodeo no se creía la historia del último mamut, pero le divertía la idea. Esta vez habían llevado lápices, tijeras y reglas para romper el piso, pero de nada les sirvieron aquellas herramientas: los lápices se rompieron, las tijeras se achataron, las reglas se hicieron añicos. Tras el fracaso de su empresa, llegaron arrastrando los pies hasta la tiendita.

—¡Ya sé dónde se escondió tu mamut! —dijo Deodeo, y pidió uno en el mostrador.

Los Mamuts de galleta recubierta de chocolate eran la perdición de Deodeo, y el redondo glotón sacó la golosina de su envoltura y la acometió con una violenta dentellada, como si se tratase de una pata de mamut asada.

Carpicio bajó la cabeza, se metió las manos en los bolsillos y suspiró:

—Quizás debamos resignarnos a una infancia de pelotas y videojuegos —dijo.

II

LA FE MUEVE MONTAÑAS

Al salir de la escuela, Carpicio y Deodeo se fueron a su casa por el camino de baldosas amarillas. Iban cabizbajos, doblando la esquina, cuando se toparon con la Maga de los ojos grandes y la boca chiquita. Siempre les había dado un poco de miedo verla con su pañoleta morada envolviéndole la cabeza y el redondel de monedas colgantes sobre la cara:

—¿Por qué vais tan tristes, niños? —les dijo ella—. Vengan, que os leo las manos.

—¿Las manos? —se volvió a ella Carpicio, que no quería ser grosero.

—No tenemos letras en las manos —aclaró Deodeo.

—Letras no, las líneas de las manos leo yo —dijo ella.

Carpicio y Deodeo se vieron las palmas de las manos y al cabo Carpicio alargó la suya.

—¿Qué dice aquí?

La Maga tomó la mano de Carpicio en sus dedos largos, que unas uñas largas alargaban más, y se la quedó viendo. Luego pidió a Deodeo la suya y las comparó. Cerró los ojos, frunció el entrecejo. Dijo al fin:

—Veo, veo... pero, ¿qué es lo que veo? Parece... una gran bola de pelo.

—¡Es un mamut! —gritó Carpicio.

—¿Un mamut? —inquirió la Maga.

—Sí, no lo hemos podido rescatar —dijo Deodeo, que ya empezaba a creerse lo del último mamut del Pleistoceno.

La Maga de los ojos grandes y la boca chiquita los interpeló entonces con estas palabras:

—¿No lo habéis “podido rescatar”, decís? Hombres de poca fe. Para poder necesitáis fe.

—Veis aquella montaña? Si tuvieseis fe podrías moverla. Pero más vale que la dejéis donde está porque, ¿dónde la vais a poner?

Diciendo esto entregó a Carpicio un frasquito dorado:

—Llevad con vosotros el elixir de la eterna juventud. Nunca jamás envejecerá aquello que rociéis con sus gotas de cristal. Os podrá servir en vuestro rescate —concluyó la Maga.

Carpicio se lo guardó en el bolsillo sin la menor idea de cuándo, cómo ni para qué usarlo; y los dos niños se despidieron muy correctamente de la Maga, comprendiendo que no habían tenido razón para tenerle miedo.

Aquella misma noche en su cama Carpicio preguntó a su madre:

—¿Qué es la fe, mamá?

Y ella, como si lo acabara de leer en un libro, le contestó:

—La fe, hijo, es creer con los ojos cerrados, con el corazón.

—Yo tengo fe, mamá —dijo Carpicio, y se quedó dormido.

Aquel viernes no había clases en la escuela, y los dos mejores amigos que, además, habían resultado nuevos vecinos, sentados al filo de la banqueta frente a sus casas veían en silencio una paloma blanca que picoteaba el suelo.

Deodeo se restregó un ojo y dijo:

—Lagañas.

—Mugre de los ojos —dijo Carpicio.

—Ayer me bañé.

—Pero no te bañaste los ojos. ¿Y tú tienes fe, Deodeo?

—Dejemos la montaña donde está —respondió Deodeo, resignado a la existencia de los únicos mamuts que a él le interesaban, recubiertos de chocolate.

—Yo sí tengo fe —dijo Carpicio—. Tengo fe en que podremos rescatar al último mamut.

Deodeo no era tan fantasioso como su amigo, pero la amistad es un excelente medio de contagio y, viendo la paloma blanca alzando el vuelo sintió el arrojo de tener fe:

—¡Qué caray, pues yo también tengo fe! —dijo.

—La fe mueve montañas —recordó Carpicio.

—¡Lagañas no te bañas! —completó Deodeo.

—Mi madre dijo que la fe es creer con los ojos cerrados —dijo Carpicio.

Y cerraron los ojos hasta que los volvieron a abrir y, sin decir palabra, se fueron a sus casas por una pala, un pico y una cuerda. Y allá iban caminando. Caminando y repitiendo: “la fe mueve montañas”, “lagañas no te bañas”. Era como si ese mantra repetido despertara en sus corazones una fuerza interior que aceleraba sus pasos, porque ya iban corriendo. Corriendo y gritando: “¡La fe mueve montañas!” “¡Lagañas no te bañas!”. Hasta que llegaron a la escuela. Buscaron en el muro. Buscaron con los ojos, con las manos, con el corazón una grieta, algún resquicio por dónde pudieran entrar para ir a rescatar al último mamut del Pleistoceno, pero no la encontraron. Ya se convencían de lo bien hecho del muro cuando un pájaro cantó sobre sus cabezas. Al verlo se dieron cuenta que la rama en que se posaba iba por encima del muro y entraba en la escuela.

III EL POZO

Deodeo se dobló a la mitad por la cintura, Carpicio subió a su espalda y trepó a la rama. Deodeo le pasó la pala, el pico y la cuerda, y después Carpicio anudó la cuerda al árbol y Deodeo subió por ella. Ya estaban los dos en la rama cuando ésta crujío a su peso, lo que fue como un aviso inútil, pues ya nada

*Corriendo y gritando:
¡La fe mueve montañas!
¡Lagañas no te bañas!*





podían hacer ante lo inevitable. La rama se rompió y cayeron. “¡La fe mueve montañas!”,”¡lagañas no te bañas!”, gritaban en el aire. Riendo, se pusieron de pie, sobándose las rodillas con las manos, pero muy contentos porque ya estaban adentro de la escuela. Sacudieron las hojas enredadas en el pelo, cogieron sus herramientas y se fueron corriendo hasta la cancha junto a la retroexcavadora del tornillo roto.

—Cavaremos un pozo hasta el Pleistoceno —dijo Carpicio— envanecido en su condición de arqueólogo.

Carpicio picó el suelo con el pico, Deodeo paleó la tierra con la pala, y les anocheció. Exhaustos tras la larga faena, apenas habían conseguido quitar la costra de asfalto que cubría la cancha, lo que equivalía a un pozo tan hondo como el espesor de las suelas de sus zapatos.

Sucios y cansados, llegaron arrastrando los pies y las herramientas hasta el salón 131.

Deodeo recordó que no habían comido:

—¿Qué vamos a cenar?

Carpicio no había reparado en ello:

—Lo que sea —dijo.

—Sí, aquí hay cuadernos y hojas de papel —dijo Deodeo, que había abierto la tapa de su escritorio. Mas luego, Deodeo mismo se contestó en voz alta:

—¡Los ratones no serán más inteligentes que nosotros!

—¿Qué tienen que ver los ratones? —dijo Carpicio.

—¿Supiste de alguno que muriera de hambre?

—No —dijo Carpicio, aunque tampoco es que estuviera tan seguro.

—Si fueras tú ratón —dijo Deodeo, con la suficiencia de un experto en ratones— ¿a dónde irías a buscar comida?

Y como dos ratones muertos de hambre se fueron corriendo a la tiendita. Mas, como no tenían el tamaño de los ratones para colarse por la consabida puertecita que les dibujan a los ratones en los cuentos, cogieron un palo, rompieron una ventana, entraron y se vieron rodeados de golosinas.

—¡Qué felicidad! —exclamó Deodeo, derramando caramelos y bombones con los brazos como si fuera una fuente—. ¡Suficiente provisión para un año de vacaciones!

Aventados sobre costales de mazapanes y bolsitas de paletas con corazón de chicle se atendieron como reyes a base de Skittles y Mamuts de galleta.

—¡Esto es vida! —decía Deodeo, que ya proyectaba sobrevivir a base de aquella excelente dieta nutricional nadando entre Bubulubus y Duvalines.

Saciada su hambre volvieron al salón 131 y se dieron cuenta de una cosa: habían olvidado traer bolsas de dormir a la expedición. Para resolver el olvido se pusieron a arrancar todas las hojas de los libros de la SEP y las unieron con cinta adhesiva, confeccionándose con ellas dos sábanas de papel, en las que se envolvieron y echaron a dormir debajo de los pupitres. Al poco rato ya estaban soñando: uno con mamuts de colmillos largos y largas cabelleras y el otro con mamuts de galleta, hasta que un estruendo de rocas y metales los sacó de sus sueños como patada en el trasero. Como les faltara el valor para abrir la puerta y asomarse a ver lo que ocurría, amontonaron los pupitres junto a las ventanas y se encaramaron en ellos pero nada pudieron distinguir afuera porque la hilera de árboles a la orilla de las canchas les tapaba la vista. Pudo al fin más la curiosidad que el miedo, pero todavía una pizca de temor les acalambró las manos que, primero uno y después el otro, pusieron en la perilla de la puerta. Momentos como estos en la vida reclaman cavar hondo en el corazón para sacar valor y ellos lo sacaron del suyo cerrando los ojos:

—¡La fe mueve montañas! ¡Lagañas no te bañas! —dijeron, y contaron hasta tres:

—¡Una!, ¡dos!, ¡tres!

Abrieron de golpe la puerta. Afuera nada vieron, aunque seguían oyendo el fragor de metales y piedras. Corrieron a esconderse detrás del poste de una canasta. Desde ahí atisbaron el extraordinario espectáculo que a la luz de la luna se presentaba ante sus ojos. Lo más sorprendente no era que aquel cacharro de tractor junto a la última cancha de básquetbol se hallara trabajando a tan altas horas de la noche, sino que lo hiciera sin tripulante. Atónitos, veían las fauces de metal entrando en las entrañas de la tierra, sacando bocanadas de períodos geológicos que eran escupidos al borde del pozo, levantando un montón de tierra, rocas y huesos prehistóricos, cuando a lo lejos se oyó la campanada de la una de la madrugada y la retroexcavadora se detuvo. Carpicio y Deodeo aguardaron expectantes hasta que se convencieron de que la máquina se había detenido definitivamente. Lentamente se acercaron al pozo y oyeron, claros y distintos, los barritos de un mamut saliendo del abismo. Cogiéndose de raíces y piedras bajaron al fondo. Iban andando por entre huesos a los que subían, saltaban o les daban la vuelta, cuando una nube cubrió la luna. Sumidos en la oscuridad y en medio de aquel cementerio de fémures, costillas y columnas vertebrales de gigantes a Carpicio y Deodeo se les pusieron los pelos de punta y treparon como dos changos por las paredes hasta salir del pozo. Ya volverían mañana a la luz del día para rescatar a su mamut.

IV

EL RESCATE

A la mañana siguiente Deodeo se restregó los ojos.

—No quiero imaginar lo que dirá la profe Amy cuando vea deshojados los libros de la SEP —dijo.

—Fue por supervivencia —aclaró Carpicio, echando a un lado con los pies la sabanota de papel—. Además, la profesora Amy nos hará un monumento —remató.

—¿Un qué?

—Un monumento. ¿O es que tú te piensas que hay rescates de mamuts todos los días? —dijo Carpicio, seguido de lo cual alzó su puño: —¡La fe mueve montañas! —gritó.

Deodeo contestó la frase alzando el suyo:

—¡Lagañas no te bañas!

Salieron corriendo del salón para sacar al mamut del pozo. Mas al llegar al pozo, el pozo... ¡ya no estaba! Pisaron con cuidado el asfalto de la última cancha de básquetbol, temerosos de que pudieran atravesar el piso hacia otra dimensión, pero el piso de la cancha parecía tan duro como en un recreo de lunes cualquiera.

—¡Qué extraño! —dijo Carpicio.

Caminaron encorvados alrededor de la cancha, las manos en la espalda, lanzándole miradas de recelo y sospecha a la retroexcavadora que, tan herrumbrosa y entelarañada como estaba, no daba indicios de actividad nocturna. Sentados de espaldas contra la pala oxidada se contaron entre los dos la fantástica aventura de la noche anterior y quedaron convencidos de que habían soñado lo mismo. Pero que hubiera sido un sueño lo lamentó profundamente Carpicio, cuando ya se imaginaba él inmortalizado en mármol sobre un pedestal.

Cabizbajos, los dos mejores amigos miraban sin ilusiones sus sombras en el piso de la cancha.

—¿Y ahora cómo vamos a salir de aquí? —dijo Deodeo.

Carpicio no había reparado en el hecho de que se hallaban prisioneros dentro de la escuela.

Mas luego Deodeo mismo se contestó en voz alta:

—¡No será posible que los topos sean más inteligentes que nosotros!

—¿Qué tienen que ver los topos?

—Supiste de alguno que muriera encerrado?

—No —dijo Carpicio—, aunque así de pronto tampoco es que estuviera tan seguro.

Si fueras tú topo —dijo Deodeo, con la suficiencia de un experto en topos— ¿cómo te escaparías si estuvieras encerrado en una escuela?

Y como dos topos prisioneros se fueron corriendo al muro que rodeaba la escuela. Pero como no tenían los dientes de un topo para cavar un túnel de topo por debajo de la barda, fueron por todos los lápices que se encontraron en los pupitres del salón y dejaron el jardín lleno de hoyitos. Durante todo el día ensayaron distintos planes de escape sin que ninguno les diera resultado. Las horas pasaron y a la media noche, un estruendo de rocas y metales los despertó como patada en el trasero.

—¡No fue un sueño! —gritó Carpicio.

—¡No fue un sueño! —repitió Deodeo.

Con renovado entusiasmo corrieron hasta la orilla del pozo a esperar a que la retroexcavadora en punto de la campanada de la una se detuviera. Y cuando ello ocurrió bajaron por la cuerda que amarraron al borde, cruzaron el cementerio de huesos largos y en el fondo descubrieron una cueva abierta en la pared del pozo. Entraron por esa cueva, que los condujo por un largo túnel de hielo que los llevó a salir a un paraje absolutamente invernal. Para procurarse una vista más completa del lugar subieron una gran piedra, y desde su altura abarcaron con la vista un inmenso paisaje de montañas y glaciares.

—¡Estamos en el Pleistoceno! —exclamó Deodeo.

Carpicio asintió con la cabeza, absorto ante aquella helada inmensidad, hasta que unos barritos de mamut los sacaron de su arroamiento. Abajo de la gran roca en que estaban vieron a un pequeño mamut perseguido por dos cazadores de la Edad de Hielo armados con arcos y flechas. Carpicio y Deodeo no iban a quedarse allí mirando cómo era cazado ante sus ojos el último mamut del Pleistoceno y rápidamente hicieron bolas de nieve con las manos, que arrojaron con excelente puntería a las cabezas de los cazadores. Aprovechando la confusión de éstos se lanzaron al vacío y cayeron sobre el lomo del mamut, sobre el que cabalgaron como dos bravos vaqueros hasta la boca del túnel por donde habían salido. Era éste un cachorro de mamut del tamaño de Carpicio y Deodeo juntos, pero multiplicado por dos, y el conjunto que formaba la rara expedición apenas cupo por la boca del túnel.



Atónitos, veían las fauces de metal entrando en las entrañas de la tierra, sacando bocanadas de períodos geológicos que eran escupidos al borde del pozo...

—¡Arre, mamut! —gritaban los niños, arañando el hielo de las paredes y el techo hasta que salieron del otro lado del túnel y cayeron sentados en el suelo sobre un estrépito de huesos.

Deodeo se llevó una mano a la frente.

—¡¿Guaaat?!

Pero Carpicio, tan bueno como era para resolver adivinanzas, lo era también para rimar versos al vuelo. Y en ese momento inventó éstos, que por ir rimados alguna verdad debían encerrar:

*Huesos de mamut tan viejos
anden a juntar pellejos.
Del elixir juventud invocan
si sus gotas de cristal los tocan.*

Comprendiendo la verdad oculta que había en su propio acertijo y Carpicio gritó:

—¡Llevemos de regreso los huesos al Pleistoceno!

Deodeo todavía no comprendía nada cuando Carpicio subió por la cuerda y fue a sacar del salón 131 un escritorio que aventó al pozo, y que si Deodeo no se quita le deja un chichón en la cabeza.

—¡Volvamos al Pleistoceno! —urgió Carpicio empujado por la pasión de la aventura.

Echaron el montón de huesos encima del pupitre y, empujándolo como si fuera un trineo, se internaron por el túnel de hielo con su fúnebre cargamento. Cuando llegaron al Pleistoceno, el pequeño mamut reconstruido desde las pesuñas hasta el último pelo de la testa, les restregó la trompa en las narices. Los niños lo acariciaron y en las yemas de sus dedos sintieron el áspero pelambre de la testuz.

Carpicio sacó entonces el frasquito dorado y, solemne, pronunció estas palabras:

*Keterá cata catera cuke nut
Te será dada la eterna juventud.*

Con tanta energía sacudió el frasquito dorado que, al vaciarlo sobre la cabeza del mechudo animal, dos gotitas de cristal cayeron en las narices de los niños. Regresaron por el túnel, y esta vez el mamut llegó enterito y barritando de contento al otro lado. Los dos amigos festejaron entre huesos de dinosaurios chocándose las manos abiertas. Mas luego comprendieron que tan solo llevaban del rescate la mitad. Ahora tenían que sacar al mamut del pozo. Y cerraron los ojos:

—¡La fe mueve montañas! —dijo Carpicio.

—¡Lagañas no te bañas! —contestó Deodeo.

Subieron al salón 131. Deodeo se quitó un zapato y comprobó que cada pupitre medía cuatro zapatos de altura. Multiplicó 4 por 32, que era el número de pupitres que había en el salón y resolvió que según la tabla del cuatro si colocaban un pupitre encima de otro podrían hacer una escalera de 128 zapatos de altura, la que les permitiría sacar al mamut del pozo. Y cuando ya estuvieron listos para subirlo por aquel remedio que hicieron de escalera, aunque más parecía una culebra trepando por la pared, contaron hasta tres:

—¡Una!, ¡dos!, ¡tres!

Deodeo empujó desde abajo, Carpicio jaló desde arriba, pero el lanudo orejón sólo estaba interesado en barritar y hacer eses con la trompa.

Carpicio cerró los ojos y en su mente vio un cacahuate.

—Ya vuelvo —dijo.

Subió por la escalera de pupitres y salió del pozo.

Deodeo, mientras tanto, seguía en el fondo tratando de convencer al mamut, en todos los tonos posibles, para que escalara por los pupitres: “Mira, mamutcito —decía con blandura— sé buen amiguito y sube”. Después con dureza: “Mira, mamutsote, si no subes por las buenas subirás por las malas”. Y luego, con un palo en la voz, decía: “Peludo orejón...” Pero el terco animal no entendía de blanduras, de durezas ni de palos en la voz, y sólo restregaba su trompa en la cara de Deodeo.

Cuando regresó Carpicio con una bolsita de cacahuates Deodeo le reclamó indignado:

—¡¿Por unos cacahuates fuiste?!

—¡Ahora verás! —dijo Carpicio. Sacó de la bolsita un cacahuate. Con la punta de tres dedos lo tomó cuidadosamente y mostró al mamut como si fuera un diamante. El mamut lo miró con sus ojos chiquitos como quien ve un calcetín. Luego, Carpicio, con una paciencia de profesora de primero, se llevó el cacahuate a la boca y lo masticó ruidosamente, haciendo *mmmmmmh* con un deleite fingido, pero el mamut seguía sin moverse. Deodeo sacó otro cacahuate de la bolsita y lo zambutió metiendo su mano hasta el codo en la boca del mamut. Los dos amigos permanecieron expectantes hasta que el cacahuate crujío sabrosamente en la boca del caprichoso mechudo, que ahora estuvo a punto de arrebatarles la bolsita con la trompa de no ser porque Carpicio alcanzó a reaccionar a tiempo. La estrategia para subir al mamut era muy simple, y consistía en colocar un cacahuate en cada pupitre para que el paquidermo los fuera subiendo de uno en uno mientras se los comía. De este modo lograron que subiera hasta al pupitre 28. Ahí se quedó parado.

—¿Qué pasa? —gritó Carpicio, que se quedó esperando a que Deodeo le pasara otro cacahuate.

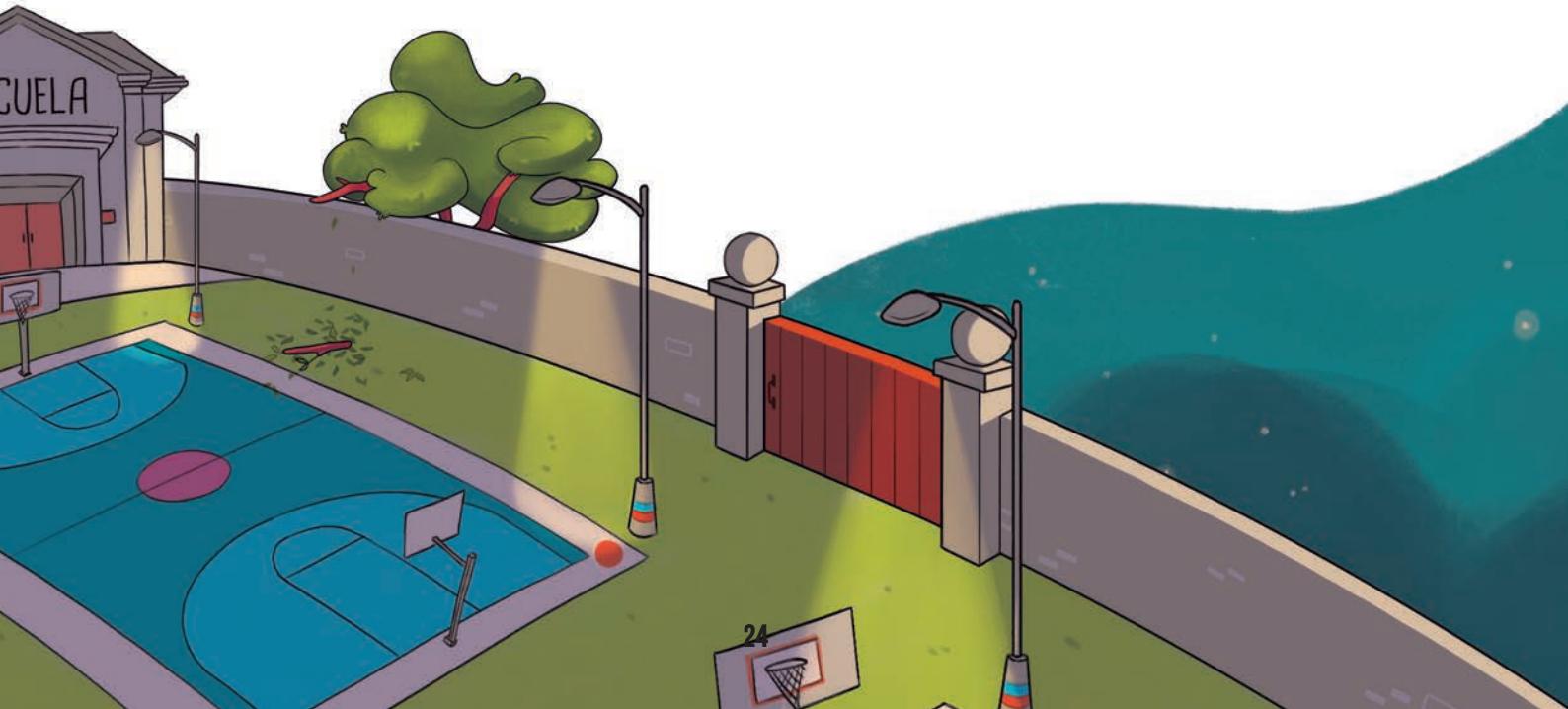
—Ya no hay —dijo Deodeo.

La bolsita venía con 30 cacahuates y ya habían usado dos durante el entrenamiento. Carpicio se disponía a subir a la tiendita para traer más cacahuates cuando la tierra crujío y las paredes del pozo comenzaron a cerrarse, desprendiendo piedras que pasaban rozando sus cabezas.

—¿Qué hacemos, Carpicio? —gritó Deodeo —¡piensa rápido, que nos volvemos fósiles!

Pero Deodeo mismo se contestó en voz alta, aunque esta vez Carpicio no lo pudo oír porque el mamut barritó pidiendo cacahuates. Pero lo pudo ver:

Deodeo sacó su lápiz de punta 2B y con la aguda punta pinchó la nalgáfora del paquidermo. Éste pegó un salto olímpico, superando los tres escritorios que le faltaban para salir del pozo. Luego subió Carpicio, y por poco ya no alcanza a salir Deodeo porque un pie se le quedaba atorado debajo de la tierra cuando el suelo se cerraba. Apenas lo alcanzó a sacar perdiendo el zapato. El rescate del último mamut del Pleistoceno lo celebraron saltando y bailando los tres en la cancha recién pavimentada a ritmo de “¡La fe mueve montañas!, ¡lagañas no te bañas!”





*Deodeo sacó su lápiz de punta 2B y con la aguda punta
pinchó la nalgáfora del paquidermo.*

V

UNA MASCOTA DIFÍCIL

Llegaron al salón 131. Carpicio jaló por la trompa, Deodeo empujó por el trasero, y a duras penas lograron pasar al paquidermo por el marco de la puerta. Como los mamuts, al igual que los elefantes, duermen de pie, no iban a necesitar una camota para mandarlo a dormir, y lo dejaron parado junto a la pared. Ellos, que sí dormían acostados, se tumbaron en el suelo, usando el pizarrón como cama porque con las idas y vueltas al fondo de la tierra habían dejado el piso hecho un lodazal, y los dos mejores amigos no es que fueran muy aseados, pero tampoco iban a acostarse en el lodo. Envueltos en sus sabanotas de la SEP se dieron las buenas noches y cerraron los ojos. Mas apenas los cerraron los volvieron a abrir porque el salón olía, literalmente, a mamut, lo que equivalía a oler a elefante, pero multiplicado por tres. Y allá fueron de reversa jalando y empujando al apestoso animal a través del marco de la puerta. Lo dejaron atado al poste de una canasta. Deodeo recordó que no habían cenado y fueron a la tiendita, donde se dieron un atracón de Skittles y Mamuts de galleta. Tras la descomunal comilona que incluyó paletas, chocolates y doritos, Deodeo se aventuró a fisgonear en la cocina y encontró un costal lleno de manzanas. Pensando en el mamut se guardó unas pocas en los bolsillos. Esa noche soñaron que bañaban a su mascota. En premio a su buen comportamiento bajo el chorro del agua se lo llevaron a la tiendita para que batiera a placer la quijada, mas para sorpresa de los niños, el remilgado cuadrúpedo le hizo el fuchi a cuanta golosina le pusieron delante, hasta que en un descuido se les escapó a la cocina y dio con el costal de manzanas. Ninguna dejó. Luego, como si las manzanas le hubieran despertado el apetito, tumbó la puerta y le entró en las jardineras a las plantas y flores con una voracidad que verdaderamente era de mamut. Se siguió con árboles, setos y enredaderas. En su frenético festín arrastraba a los niños que, intentando detenerlo, iban colgados de la cuerda atada a su cuello como si fueran cascabeles o trapos. En sólo una hora el mamut arrasó con toda la vegetación de la escuela, sin dejar un solo pelo de zacate en pie. Saciado su voraz apetito, al goloso paquidermo se le volvió diversión derribar las puertas de los salones con la trompa, hasta que no dejó ninguna en su quicio. Lanzar pupitres contra las ventanas con su alegre estallido de cristales pronto se le hizo afición. Y cuando ya sólo quedaban en pie las paredes del edificio, las acostó a trampazos, derrumbando la escuela justo cuando Carpicio y Deodeo se despertaron de ese sueño que para los dos había sido el mismo.

El domingo por la mañana el mamut los recibió al pie de la canasta de básquetbol restregándoles la trompa en las caras. Carpicio y Deodeo lo abrazaron como abrazar un trofeo. Toto, lo llamaron, y se lo llevaron jalando con la cuerda hasta al centro del patio. Allí se arremangaron hasta los codos, conectaron una manguera, abrieron el chorro del agua y acabaron tan bañados como el

mismísimo Toto. Lavar la tierra acumulada durante diez mil años se dice fácil, pero tuvieron que sacar del almacén todas las escobas para restregar, todos los estropajos para tallar, todos los jabones para untar y todas las toallas para secar, hasta que dejaron al Toto reluciente y listo para subirse a cualquier cama.

Carpicio y Deodeo ataron a su mascota al poste de una canasta de básquetbol y se dedicaron a la tarea urgente de limpiar el salón 131 antes de que la profesora Amy llegara y lo viera hecho el muladar en que lo habían convertido, pero como no había escritorios les resultó fácil barrerlo y trapearlo hasta dejarlo más limpio y reluciente que una mañana de abril. Terminada la limpieza dedicaron el día a jugar con el mamut en los patios de la escuela, en espera de la media noche, cuando la tierra volvió a abrirse y bajaron al pozo. Antes de que diera la campanada de la una ya habían sacado con la cuerda los pupitres a la orilla del pozo. Luego fueron por Toto para llevarlos de regreso al salón, lo que Carpicio y Deodeo aprovecharon para pasearse a lomo de mamut, al que hicieron caminar con el sueño de una manzana colgada de una vara.

VI

VUELTA A CLASES

El lunes por la mañana, Carpicio y Deodeo, compañeros de pijamada tan larga, salieron arrastrándose de debajo de los pupitres, alisándose con los dedos el cabello por el que no había pasado un peine en tres días. Estaban tan desvelados que, apoyando los codos en las tapas de sus escritorios, se detenían los párpados con los dedos para que no se les cerraran.

—¡Vaya! —exclamó Renata al encontrarlos sentados en sus pupitres—. ¡Ahora sí me ganaron!

El salón se fue llenando de voces y de niños recién peinados. Entró, por último, la profesora Amy:

—Hoy haremos un repaso de historia regional —anunció—. Decíamos que los grupos nativos de Baja California se alimentaban de la recolección y la caza. ¿Qué recolectaban?

—Piñones y bellotas —contestó Aleida.

—¿Qué cazaban?

—Conejos y venados —respondió Armando.

—¡Y mamuts! —interrumpió Carpicio, sin alzar la mano.

—El salón estalló en risas.

—Bueno sí, Carpicio, dijo la maestra, hace diez mil años, cuando la última glaciación...

—¡No se extinguieron todos! —volvió a interrumpir Carpicio, con una seguridad en la voz que dejó al salón sumido en el silencio. Carpicio se puso de pie, dirigiéndose a la puerta mientras



*...abrieron el chorro del agua y
acabaron tan bañados como el
mismísimo Toto.*

Deodeo sacó de su pupitre una manzana y se le lanzó. Carpicio atrapó al vuelo la manzana, como si lo hubieran ensayado. Abrió la puerta y salió del salón.

La maestra Amy fingió no darle importancia al extraño comportamiento de Carpicio y Deodeo y reanudó la lección. Al cabo de un rato se oyeron cuatro toquidos y todos vieron girar la perilla y abrirse lentamente la puerta, por la que apareció Carpicio:

—¡La fe mueve montañas! —gritó desde el umbral.

—¡Lagañas no te bañas! —contestó Deodeo.

Entró Carpicio al salón jalando una cuerda a cuyo extremo venía barritando y saludando con la trompa un pequeño mamut del tamaño de Carpicio y Deodeo juntos, pero multiplicado por dos. Entre gritos y aplausos de la clase la maestra Amy felicitó a Carpicio y Deodeo por el extraordinario rescate del último mamut del Pleistoceno. Luego, todos los niños del salón 131 llegaron corriendo para que Toto les restregara su trompa en las narices.

EPÍLOGO

Aunque ya han pasado muchos años desde aquella mañana feliz en el salón 131, dicen los elfos que los niños de tercero de primaria de todos los salones del mundo de vez en cuando ven la figura de un mamut en las nubes que con la trompa les saluda, y que en su lomo van las siluetas de dos niños que con los brazos en alto, también les saludan.





LA CUERDA DE SOL

A Juan Ignacio y Franco

I LA INVASIÓN

En un lejano país de la geografía de los cuentos ocurrió uno de los acontecimientos más extraordinarios de que los elfos tuvieran memoria. El sol inclinaba sus rayos sobre los tejados, las hormigas planeaban en las hojas de los árboles y la orquesta del parque interpretaba el *Otoño* de Vivaldi. Cualquiera hubiera pensado que era una tarde de otoño perfecta; y lo hubiera sido de no ser porque las cuerdas de los instrumentos en lugar de producir sonidos comenzaron a lanzar burbujas de silencio azul. Eran estas burbujas primero puntos en las cuerdas. Unos puntos azules que engordaban haciéndose burbujas. Burbujas que crecían y crecían hasta que las cuerdas ya no podían contenerlas más, y el viento las arrancaba, arrastrándolas a lugares imposibles. Al principio los músicos creyeron que sus instrumentos se habían desafinado y giraron clavijas de violines, violas y chelos en un sentido y en otro, pero las burbujas azules seguían multiplicándose en el aire, cogiendo rumbos distintos; invadiendo patios y jardines, trepando buhardillas, metiéndose por chimeneas y ventanas; enmudeciendo la campana de la torre, el canto de los pájaros, el silbido de las cafeteras. Sobrepasado por el extraordinario suceso, el director de la orquesta arrojó la batuta al suelo y se marchó seguido de los músicos, que abandonaron el quiosco, cabizbajos, arrastrando sus instrumentos.

A pocas calles del parque, la última hoja del otoño iba cayendo desde lo más alto de un arce. Caía con su pequeño cargamento de hormigas haciendo cabriolas en el aire, hasta ir a caer a los pies de Juan Ignacio que, sentado contra el tronco del árbol, hacía inútiles intentos por silbar.

—¿Para qué se caen las hojas, Franco? —dijo Juan, recogiendo aquella que había caído en su zapato.

—Para que las barras y las metas en una bolsa —dijo el hermano mayor—. Anda, dame una mano, acabemos con ellas.

—Estoy aprendiendo a silbar —se excusó Juan Ignacio.

—Para soplar no necesitas las manos.

Pero Juan Ignacio se necesitaba entero, desde el dedo chiquito de los pies hasta el último cabello de la cabeza, porque cuando uno se empeña en algo, si realmente lo quiere hacer bien, no se puede empeñar por partes. Es el caso que Juan Ignacio tenía un perro que ya estaba en edad de llegar corriendo al silbido de su amo. Corriendo y moviendo la cola. Pero el amo, que ya estaba en edad de saber silbar, seguía sin aprender. Apenas separaba un poco los labios, hacía con ellos un cucurucu y le salía de la boca un chorrito triste y desgarbado como el de un globo que se desinfla.

El perro en cuestión llevaba por nombre Tolo. Tolomeo, para ser precisos. Tolomeo era un perro mitad fino y mitad corriente, aficionado a las croquetas, a mover la cola y a ladear dos veces: “guau, guau”.

Juan Ignacio había hecho un cucurucu con los labios justo en el momento en que decenas, centenas, millares, millones de burbujas de silencio azul saltaban la cerca y entraban en torrente al patio, chupándose la pena de aire y saliva que a Juan Ignacio le iba saliendo de la boca. Ante el asalto repentino de aquella plaga Tolomeo ladró dos veces y los dos hermanos corrieron hasta el arce pelado y le arrancaron dos ramas secas. Empuñándolas como espadas se lanzaron a estocadas contra la invasión azul: “¡Toma esto! ¡Y esto!”, decían los hermanos, hundiendo sus espadas de palo que, aunque bien manejadas por los dos espadachines, no lograban atravesar la piel elástica de las usurpadoras. Ante la superioridad numérica de éstas, los niños retrocedieron sin dar la espalda, la mano atrás, atajando el aire con sus remedos de espadas como dos valientes mosqueteros. Más tarde, desde la ventana de su habitación, los niños veían las burbujas ensartándose en el arce como si fueran hojas. Hacia el jardín de al lado divisaron al vecinito llevando una jaula mientras se defendía con un palo de la calamidad azul.

—¡Rodri! ¡Hola! —le gritaron.

Andaba buscando espacios libres de burbujas para el canario, eso dijo:

—Cuando no cantan se enferman.

—¡Le va a pegar el sereno a ese pájaro! —salió la voz de una ventana—: ¡Mételo ya, Rodrigo González Alcántara, y vente a cenar!

“Adiós”, “adiós”, se dijeron los niños, y Juan Ignacio y Franco se quedaron mirando impávidos la inundación azul.

II
EL SUEÑO

Aquella noche los dos hermanos habían subido a su cuarto y estaban en sus camas, las manos en la nuca, mirando la oscuridad del techo. Juan echaba la culpa de las burbujas al conjuro de algún elfo malvado y Franco a una nueva marca de jabón; y sus palabras se estiraban, adelgazándose en la noche hasta que el silencio llenó la habitación. Ya había cerrado los ojos Juan Ignacio cuando, todavía, en un último intento, hizo con los labios la figura de un cucuricho y sopló. Sopló, sopló y sopló. Como un inútil lobo feroz se quedó soplando hasta que se durmió. Y cuando abrió los ojos no se dio cuenta que estaba soñando.

—¿Dónde estamos, Tolo? ¿Qué hacemos aquí? ¿A dónde nos dirigimos?

Tres eran demasiadas preguntas para un perro que sólo ladraba dos veces:

—¡Guau!, ¡guau! —contestó el can.

El camino, que iba ondulando en el cielo, los llevó hasta una casita en una nube. Llamaron a la puerta y, como nadie abriera, giraron la perilla y entraron. Siguieron por un pasillo hasta una sala donde en una chimenea ardían dos leños. Había en esta sala una mujer tan blanca como el mármol. Vestía una larga túnica blanca y tenía una lira blanca en la mano. Sobre su hombro descansaba una tortuga con anteojos colgados al cuello y un librito en la mano. La mujer le hablaba así a la tortuga:

Dime tú, Guillermina,
¿qué he de hacer con esto?
—tiraba de la cuerda rota de su lira—
¿Será tejer un cesto?

—¡Guau!, ¡guau! —ladró Tolomeo.

La blanca mujer se volvió a los recién llegados:

¡Vaya!, ¡vaya!
Llegándonos sin cita
¡un niño nos visita!
Por todos los nenes,
¿de qué cama vienes?

Juan Ignacio respondió asustado:

—De una con colcha de borreguitos.

—¡Ay! —exclamó la tortuga— con que no nos salga como aquél que se orinó en la cama y nos dejó el país de los sueños todo inundado.

—Yo soy Juan Ignacio y este es Tolo, Tolomeo— se apresuró a aclarar el niño.

Yo soy la Musa de la Música
y Guille mi secre tan rústica.
Mas por las babas del maní,
¿qué os trae por aquí?

—Nos trajo el camino— dijo Juan Ignacio.

—Pudieron tomar otro —dijo la tortuga— o seguirse de largo. Pero llegaron hasta aquí y entraron. ¿Es que ustedes entran a cualquier casa sin llamar a la puerta?

—¡Llamamos! —aclaró Juan Ignacio, pero la tortuga lo ignoró:

—Esto que han hecho es muy grave. Tan grave que se llama allanamiento de morada. Y se paga con...

La tortuga abrió su librito y se acomodó los antejos arriba de la nariz. Leyó en voz alta:

—Allá, allanador, allanamiento... con siete años de cárcel —sentenció el quelonio alzando un dedo.

—Supongo que hemos venido hasta aquí para pedir ayuda —dijo Juan Ignacio.

—¿Ayuda? —preguntó la Musa de la Música con una voz tan dulce que contrastaba con la voz roñosa de la tortuga.

—Pues ha de saber usted, señora Musa de la Música, que en aquel lejano país de la geografía de los cuentos de donde nosotros venimos la música enmudeció. Se la chuparon las burbujas azules.

—Malvadas burbujas azules. La que necesita ayuda soy yo —dijo la Musa, tirando entre sus delgados dedos blancos de una cuerda rota—. Así quedó la cuerda de Sol de mi lira desde que Harpócrates, dios del Silencio, la reventó para, en cambio, soplar burbujas de silencio azul al universo. Ya no puedo tocar ni las mañanitas.

—¡Si tuviera que vencer a Harpócrates o al sapo peludo lo haría por ti! —dijo Juan Ignacio, movido por el impulso de ayudarla.

—No sería necesario —dijo la musa —si estuvierais dispuestos a ir hasta el sueño de los sueños para traerme otra cuerda de Sol.

—¡Estamos dispuestos! —dijo Juan.

—¡Muy bien! —dijo ella—. En cuanto a Harpócrates, bastará con que no toquen más reguetón porque ya lo tienen harto.

III

EN BUSCA DE LA CUERDA DE SOL

La Musa, que no tenía verdaderas intenciones de meterlos a la cárcel, condujo a los dos intrusos por un sendero de ladrillos amarillos hasta una fuente de cuyas aguas emanaba una luz brillante. La Musa, el niño y el perro siguieron el curso del arroyo de luz hasta un estanque, en el que ella hundió su mano blanca, indicando al niño que inclinara su cabeza. Siete gotas cayeron, siete gotas de luz sobre su cabeza.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete —las fue contando Juan Ignacio.

—Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si —las fue cantando la Musa.

Luego la Musa se volvió al niño:

—¡Juancho! —le dijo ella, y Juan Ignacio no se dio cuenta que le había llamado como su mamá—. Antes que despertéis iréis al sueño de los sueños y me traeréis la cuerda de Sol.

—¿Antes que despierte? ¡Pero si estoy despierto! —dijo Juan Ignacio.

—Los niños cuando sueñan creen que están despiertos —dijo la Musa—, pero si se pellizcan pueden comprobar que no lo están.

Juan Ignacio se pellizcó el brazo y como no sintió nada comprendió que estaba soñando.

La Musa llenó un cuenquito dorado de aquella agua luminosa:

—Llevad este sológrafo —dijo ella, entregando el singular instrumento al niño. Aquella cuerda que al tañer produzca ondas en su superficie, esa será la cuerda de Sol.

Diciendo esto, la Musa cerró con una mano los ojos de Juan Ignacio y con la otra los ojos de Tolomeo, y cuando el niño y el perro volvieron a abrirlos tropezaron con un topo.

—¡Fíjense por dónde caminan! —reclamó el topo.

—Hermano topo —dijo Juan— buscamos la cuerda de Sol.

—¡Buena suerte! —dijo el topo, que ya seguía su camino.

—Espera topo, ¿por casualidad has visto la cuerda de Sol?

—Yo no veo muy bien, aunque les puedo asegurar que la cuerda esa no anda por aquí. Pero el sol sí —añadió el roedor, señalando al cielo.

—Ese no; sino el que va entre Fa y La.

—Pues entonces busquen a Fa y a La, se fueron por allá.



*La Musa llenó un cuenquito dorado con
aquella agua luminosa...*

—¡Sol es una nota musical! Traemos un sológrafo para reconocerla cuando la encontremos.

—¡Ah! ¿Una nota musical? —dijo el topo, que de pronto pareció interesarse en el asunto—.

Preparen el sológrafo ese porque... ¡ahí les voy!

El topo carraspeó su garganta y pitó. Tan fuerte pitó el topo como si lo persiguiera un gavilán:

—¿Qué tal? —dijo ufano el topo— ¡Chequen el sológrafo!

Juan se asomó al sológrafo por complacer al topo, y comprobó que la superficie del agua luminosa permanecía en la quietud de un niño dormido.

IV EL CONCURSO

Pronto se corrió la voz en el sueño de los sueños sobre la visita de los dos viajeros y su misterioso instrumento, y empezaron a llegar aficionados de todas partes.

—Gracias por venir —decía Juan Ignacio, tratando de ser educado con aquellos animales del sueño de los sueños que hacían fila para audicionar ante el sológrafo—. Pero es que nosotros venimos a buscar una cuerda —les explicaba el niño—: la cuerda de Sol.

—Y nosotros venimos al concurso —decían ellos.

—¿Qué concurso? Aquí no hay concurso.

—Pues no nos iremos sin participar.

Juan Ignacio hubo de concederles, uno a uno, a todos los animales del sueño de los sueños, que hicieran ante el sológrafo lo que cada cual sabía hacer:

La abeja zumbó, la oveja baló, la vaca mugió, el gallo cantó, el sapo croó, el gato maulló, el caballo relinchó, el elefante... el elefante barritó; pero ninguno logró que el agua del sológrafo se estremeciera siquiera.

Al final la abeja dijo:

—Falta la araña.

—No, no; ya fueron bastantes —atajó Juan Ignacio, cansado de aquel concurso improvisado.

—La araña teje hilos de todos los tamaños —insistió la abeja.

—Pues que los teja —dijo el niño.

—Acaso uno de esos hilos resulte ser la cuerda que buscan —explicó el insecto.

Juan Ignacio se llevó una mano a la cabeza, respiró hondo y al fin concedió:

—Pues a buscar a la araña.

Y a lo más profundo del bosque partieron el niño, el perro y todos los animales del sueño de los sueños que, como eran tan mitoteros, no se iban a quedar ahí parados, y allá fueron en parlanchina romería a buscar a la araña.

V

LA ARAÑA HURAÑA

En la bullanguera procesión, los alegres metichones iban conversando:

—¿Para qué querrán la cuerda de Sol? —mugía la vaca, espantándose las moscas con la cola.

—Para lazarte será —croaba el sapo, que saltaba en el lomo de la vaca.

—¿Qué harías tú con una cuerda de Sol? —maullaba el gato al elefante.

—Columpiarme será —barritaba el elefante con el gato montado a su cuello.

La bulliciosa peregrinación llegó a la boca de la cueva y Juan Ignacio se asomó:

—Está muy oscuro —dijo. Luego, con voz temblorosa, añadió:

—To-to-to-lo, tú irás por delante. En la oscuridad es más útil el olfato que la vista. Tolomeo, sintiéndose importante, pegó el hocico al suelo y entró a la cueva jalando a Juan Ignacio. Como ninguno de los animales se quiso quedar afuera, entraron todos, perturbando con su vocinglería el silencio del lóbrego recinto hasta que llegaron a lo más profundo de la cueva, donde Tolo se detuvo y todos callaron:

—¡Guau! ¡guau! —ladró.

En el rincón, tejiendo su telaraña, estaba la araña.

—¿De qué se trata! —añaró, horaña, la araña— ¿por qué tanto alboroto?

—Hermana araña, venimos a pedirte una cuerda —dijo Juan Ignacio, cuyos ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad.

—¿Qué cosa! —exclamó, horaña, la araña. —¿He puesto yo una mercería? ¿O es que leyeron a la entrada: “Lo mismo pero más barato”, “Gran especial del día” o “Aceptamos todas las tarjetas de crédito”.

—Un hilo nada más —rogó Juan Ignacio.

—Pues se equivocaron de negocio, aquí no vendemos hilos ni está en venta mi telaraña.

—Para la Musa de la Música —suplicó Juan Ignacio.

—Un pepino me importa esa Musa, así que váyanse por la sombrita.

—¿No nos vas a ayudar?

—Ya nos vamos entendiendo. ¡No! —añaró la araña horaña.

—¡Guau! ¡guau! —ladró Tolomeo.

Huraña, la araña, sacó su aguijón. Y se lo hubiera aplicado en el hocico al perro de no ser porque la hosca sabandija alcanzó a distinguir en la penumbra la legión de cuernos, antenas, pesuñas y dientes de todos los acompañantes que venían con el niño y el perro:

—Pero claro que de vez en cuando un poquitín de música sí que me gusta —añaró la araña, suavizando la voz—, ¡je!, y hasta un poquitón: ¡Lai-lara-lai! ¿Ven cómo canto?

Esforzándose por componer la situación, la araña se apresuró a decir:

—¿De Sol dijiste? Pues aquí les va la de Sol: ¡lai lara lai!

Escupió un hilo al techo de la cueva y colgó de él un grano de frijol para tensarlo con su minúsculo peso:

—¡Prueba! —conminó la araña al niño.

Juan Ignacio tañó el hilo con el dedo y el agua del sológrafo produjo una onda que se desvaneció antes de alcanzar las orillas del prodigioso instrumento.

—¡Casi, casi! —dricoló el cocodrilo.

—Hace falta una pequeña afinación —observó el conejo de aguda oreja.

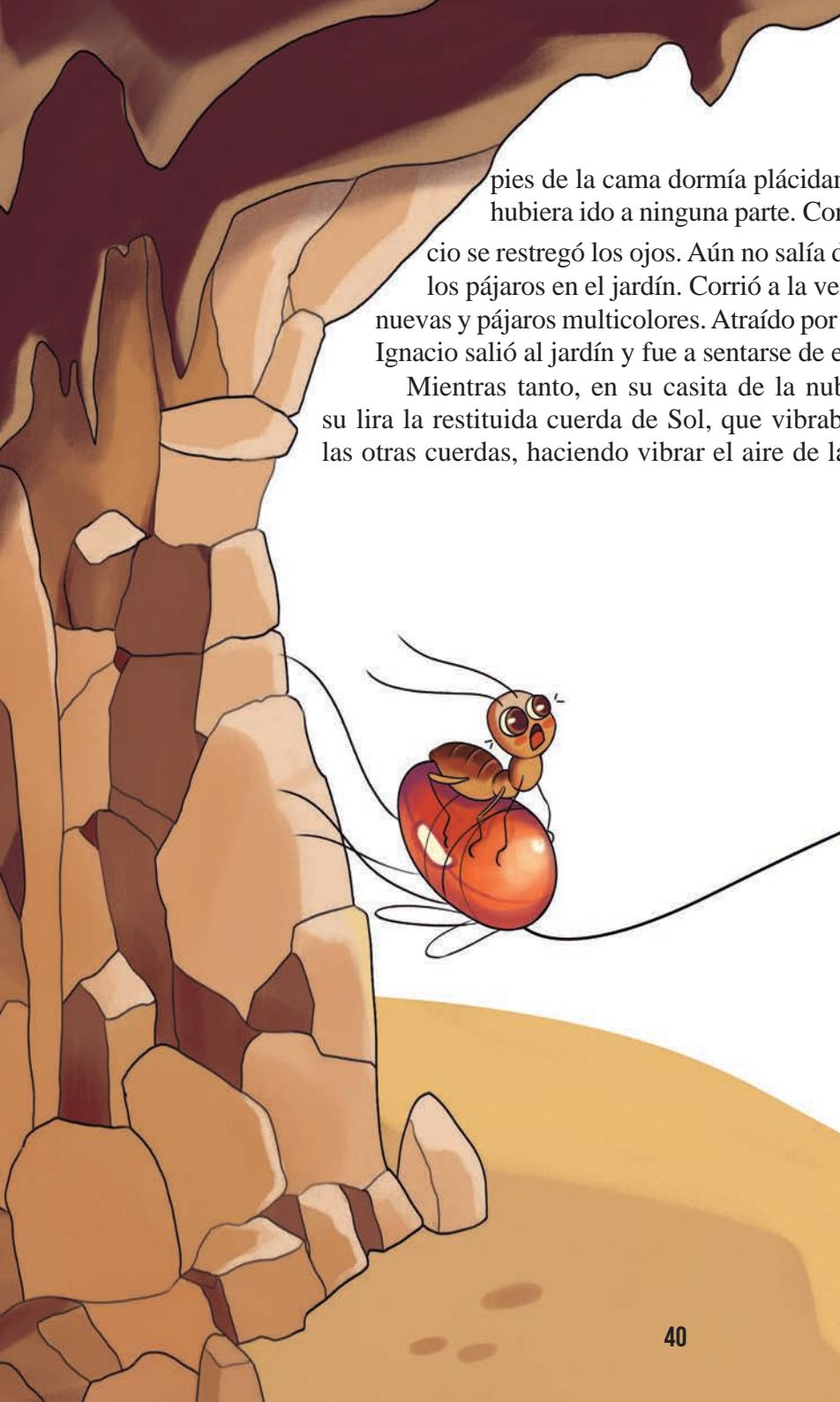
El camaleón, aprovechando la ocasión para lucirse en este cuento, lanzó el chicotazo de su lengua a una pobre hormiga que caminaba distraída por la pared, y la entregó a Juan Ignacio. Éste colocó la hormiga con cuidado sobre el grano de frijol y la hormiga se agarró con las uñas. Con su diminuto miligramo de peso tensó un poco más el hilo. Juan Ignacio volvió a tañer de la cuerda y una onda concéntrica recorrió la superficie del agua luminosa hasta las orillas del sológrafo.

“¡La cuerda de Sol!”, gritaron todos los animales del sueño de los sueños y lanzaron hurras a la araña que, acostumbrada al desprecio de los demás, por primera vez en su vida se había sentido valorada y celebró la feliz ocasión con tres saltos mortales en su telaraña. Juan Ignacio dio las gracias a la araña, arrancó el hilo del techo de la gruta y salió corriendo de la cueva alzando en un puño la cuerda de Sol, de la que iban colgando el grano de frijol y del frijol la hormiga, agarrada con las uñas.

VI

DESPERTAR

Juan Ignacio y Tolomeo volvieron a la casita de la nube. Tras una reverencia, el niño saludó a la Musa de la Música y estiró triunfal el brazo, empuñando la cuerda de Sol, justo en el momento en que, estirando el brazo, lo sacaba de las cobijas aprisionando en el puño absolutamente nada. Tolomeo a los



pies de la cama dormía plácidamente, las patas limpias, como si no hubiera ido a ninguna parte. Con el puño todavía cerrado Juan Ignacio se restregó los ojos. Aún no salía de su estupor cuando oyó el canto de los pájaros en el jardín. Corrió a la ventana y vio el arce poblado de hojas nuevas y pájaros multicolores. Atraído por el espectáculo de la primavera, Juan Ignacio salió al jardín y fue a sentarse de espaldas contra el tronco del arce.

Mientras tanto, en su casita de la nube, la Musa de la Música tañía en su lira la restituida cuerda de Sol, que vibraba mezclando su sonido con los de las otras cuerdas, haciendo vibrar el aire de la atmósfera como si ésta fuera una



lira universal que llevaba la música hasta aquel lejano país en la geografía de los cuentos, donde la campana de la torre volvía a tañer, los pájaros volvían a cantar, las cafeteras volvían a silbar y los violines, las violas y los chelos del parque volvían a tocar el *Otoño* de Vivaldi.

Juan Ignacio, sentado contra el tronco del arce, hizo un cucuricho con los labios y silbó. ¡Silbó!, ¡silbó! y ¡silbó!, y corriendo y moviendo la cola Tolomeo llegó.



ARMANDITO NO COME Y SUS PELUCHES

A Armandito, tan malo para comer

I

UNA MENTIRA GRANDOTA

Érase que era Armandito, no ya un bebé ni un bebesote, sino un niño grande que se cambiaba solo. Aquella mañana, aún dormía Armandito en su cama, rodeado de todos sus peluches, entre los que me encontraba yo: el Conejo de las orejotas, tanto tiempo aplastadas entre las páginas de este libro sin abrir, porque muchos niños andan distraídos con los videojuegos y no quieren leer. Pero algunas veces alguno se detiene, como te has detenido tú a mirar la tapa de este libro. Y algunas veces lo abre como lo has abierto tú, y entonces yo desaplasto mis orejotas y le cuento este cuento como te lo cuento a ti que, como te lo iba contando, aquella mañana aún dormía Armandito en su cama, rodeado de todos sus peluches, entre los que me encontraba yo. A mi lado, Pinocho levantó la cabeza, los brazos, el torso, como si unos hilos invisibles lo fueran alzando hasta ponerlo de pie.

—¿Te digo una cosa, Beto? —soltó el muñeco con sus toscos modales de madera, sin un “buenos días, señor Beto Conejo”.

Sabedor de la mala fama del niño de palo no esperé que me contara una gran verdad sino, por lo menos, una mentira pequeña; pero la que me contó resultó gigante, y ésta consistía en que Armandito se había comido una ballena.

“¡Santo Dios!”, pensé, “¡Ahora sí se le va a salir al muñeco la nariz por la ventana!”.

—Me dejo de llamar Pinocho si no es cierto —aseguró la marioneta y procedió a contarme los pormenores de la mentirosa hazaña que, palabras más, palabras menos, era que Armandito ante un plato de frijoles desoía los preceptos de su madre, que le instaba a comer. Impasible como una estatua, como una escultura, como un monumento consagrado a la inapetencia, Armandito miraba absorto un granito de frijol cuando éste rompió su silencio de legumbre condenada a las muelas con

estas palabras: “Armandito, obedece a tu madre, ¡cómenos ya! Mejor una muerte rápida en tu boca molacha que una muerte lenta y de frío en este plato cada vez más helado”.

Pero, si Armandito no obedecía a su madre, menos atendería la súplica de un simple grano de frijol. Y como no le creí; Pinocho cambió su mentira por otra que resultó aún más increíble: me aseguró que los frijoles habían armado una revolución. ¡Santa cachucha! pensé. ¿Cómo se llega de una revolución a una ballena? Pinocho tendrá mucha imaginación para inventar mentiras, pero de ésta no sale. Porque una mentira lleva a otra y otra a otra, y luego se hace un enredo. Lejos estaba yo de imaginar que, en un acto de cinismo supremo, Pinocho desafiaría el imperio de la verdad y se quedaría tan ufano:

—¿Que qué tiene que ver la revolución con una ballena? —dijo Pinocho—. Pues que cada quien lo averigüe. ¡Viva la democracia! —dejando impávidos a los peluches que se habían acercado a escuchar al muñeco de las mentiras.

—Lo que sea que haya sido —siguió diciendo Pinocho —es el caso que Armandito alzó el tenedor justo cuando pasaba volando una ballena que en él se ensartó. ¡Yo lo vi con mis propios ojos!

Los peluches se quitaban las lagañas de los ojos con los últimos restos de sueño sin dar crédito a lo que habían oído.

—No seas mentiroso Pinocho —lo reprendí— ¡Mira cómo tienes ya la nariz!

La verdadera verdad es que Armandito era pésimamente malo para comer y no había comido ni frijoles, ni ballena ni nada.

II

UN NIÑO PÉSIMAMENTE MALO PARA COMER

Tan malo para comer era Armandito que los peluches hicieron una larga lista de todos los alimentos que despreciaba:

*No le gusta la res
No le gusta el tomate
No le gusta la nuez
Ni comer cacahuate*

*No le gustan las papas
Ni tampoco lentejas
No le gustan las pastas
Ni el arroz con mollejas*

Ni las french fries del McDonald's

—dijo el Dragón, tan malo para rimar.

*Siempre come espinacas
Nunca come aguacate
No le gustan las vacas
Pero sí el chocolate*

III SOPA DE MOSCA

Se oyó “toc, toc” en la puerta.

Era el Mono. Venía muy agitado.

—¡Mono! ¡Mono! —lo sostuve de los hombros para que no se fuera de bruces—. Respira hondo, Mono, cuenta hasta 20 y di lo que tengas que decir, lo apuré:

—Hasta el catorce me sé —dijo el Mono.

Y hasta el catorce contó.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! —dijo al fin.

—¿Quiénes vienen?

—¡Los Reyes Magos!

Se los había encontrado en un cruce de caminos. “Buen hombre”, le habían dicho, y él que no, que no era hombre sino Mono.

—Pero, y luego, ¿qué te dijeron? —lo interpelé.

—“Buen Mono”

Al Mono había que sacarle la información como sacar un pie de un zapato atorado:

—Pues qué malo eres para contar historias. Habla, ¡hombre!, digo, ¡Mono! —lo apremié.

—Me dijeron que venían muy retrasados porque les agarraron las lluvias de la semana anterior —dijo el Mono, y que le habían entregado una carta.

—¿Una carta? ¿Y qué dice la carta? —le pregunté, intrigado.

—No lo sé porque está en chino —dijo el Mono.

—A ver, presta pa'acá. No, no está en chino. Lo que pasa es que tú no sabes leer en ningún idioma —le dije, y leí en voz alta la carta: “Amiguitos todos del planeta tierra, este año hubo muchos pedidos de regalos y no van a alcanzar para todos, sino solo para aquellos niños que coman bien, y a los que no... ¡un churro!”.

—¿Un churro? —repitió el Dragón.

—¡Na-da! ¡Ce-ro! —aclaré—. ¡Que no habrá regalos para los niños que no coman!

Los peluches lanzaron alaridos y lamentos por la mala fortuna de Armandito que, siendo tan malo para comer, se quedaría sin juguetes.

La Jirafa tomó la palabra:

—Hay que hacer un plan para que Armandito coma.

—¡Ya sé! —dijo Míster Jabón—. Pidamos a Armandito que nos diga la primera letra de su nombre. Y cuando abra la boca y diga “A...”, ¡zacapún!, ¡le zampamos una cucharada de caldo de nieve de nopal!

—¿O qué tal si yo le hago cosquillas con mis colmillos de peluche? —dijo el Elefante—: “cuchi, cuchi, cuchi”, y cuando abra la boca y diga “JA-JA-JA”, ¡ustedes le empujan un bocado de estofado de guayaba con huitlacoche!

—¡No, no, peluches! —intervine, enderezando el rumbo de aquella conversación torcida—. Esto tiene que ser más inteligente, más audaz, más elegante. A ver tú, Hombre Sabandija, además de columpiarte como chango en tu telaraña, también la utilizas para atrapar moscas, con las que tu mamá prepara una rica sopa... ¿cómo se llama?

—¿La sopa?

—Sí.

—Sopa de mosca —dijo el Hombre Sabandija.

—¡Excelente! ¡Sopa de mosca! ¡Le va a encantar!

Entusiasmados los peluches



con la idea de que Armandito no despreciaría manjar tan exquisito, se dispusieron a preparar la sopa de mosca:

—Tú, Hombre Sabandija, ¡a tejer la telaraña por aquí! Ustedes, peluches, a espantar las moscas para allá. Y tú Mono...

—¿Yo qué?

—Vigila afuera para que nos avises cuando estén por llegar los Reyes Magos.

—¡Sí, mi capitán!

El Mono se despidió haciéndose visera con la mano, dio un flanco derecho, extendió la pierna y cayó de la cama.

*Sopa de mosca
eso no falla
va con frijoles
y con papaya.
Sopa de mosca
cómete algo
con gusanitos
¡qué rico caldo!*

Pero Armandito tenía el sueño muy pesado y cuando los peluches se inclinaron sobre su oído para pedirle la primera letra de su nombre, él se dio la vuelta en su cama. Los colmillos del Elefante ni cosquillas le hicieron y, para colmo, la sopa de mosca se les quemó.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! —dijo al Mono, y a lo lejos se oía un coro de voces que se acercaban cantando:

*Vamos todos juntos, ¡ay!
la estrella brilla bien
los pastores allá van
y los Reyes también.*

IV
COMER BIEN

—¡Salve! graciosos pastorcillos.

Entraron saludando los Reyes Magos.

Los peluches se quedaron quietos, adoptando posturas campestres, como de retablo navideño.

—Traemos estos presentes para Armandito—dijeron los Reyes Magos.

—¡Qué bien que estén presentes! —me apresuré a decirles—. ¡Aquí los pueden dejar!

—Pero antes queremos saber si Armandito...

—¡Qué bien que ya llegaron! —los interrumpí—. Aquí los pueden dejar los regalos, los presentes.

—Pero antes queremos saber si Armandito...

—¡Qué! ¡qué bien! —volví a interrumpir a los Reyes—. ¡Qué bonitas coronas! ¿Son de verdad?

—Por supuesto.

—¿Las puedo tocar?

Alargué mi mano de algodón hasta el glorioso metal y pude comprobar que sí: ¡eran de oro!

Y como volvían los Reyes Magos con su cantaleta del “queremos saber...”, yo les volvía a interrumpir:

—¡Qué! ¡qué bien! Sus camellos deben estar muy cansados. Dejen los obsequios, los regalos, los presentes por allí y démosle agua de beber a esos pobres animales que deben estar sedientos de tanto caminar y caminar por el ancho desierto... —se me acabó el aire.

—Sólo queremos saber si Armandito come bien —atajó el rey Melchor.

—No, no come bien —irrumpió la Jirafa, que no tenía un circulito de mentirosa en el cuello—. No se comió el plato de frijoles que le sirvió su mamá. Pero, hagamos un trato —conminó a los Reyes Magos—, dejen los obsequios, los regalos, los presentes aquí. Si Armandito no come bien hoy, ustedes se los llevan mañana. ¿Qué les parece?

Los Reyes Magos deliberaron y, al cabo, el rey Baltazar tomó la palabra:

—Está bien, pero con una condición.

—Armandito tendrá que comer bien antes de abrir los juguetes —secundó el rey Melchor.

—De no ser así —terció el rey Gaspar—, vendremos mañana por los juguetes, los obsequios, los regalos, los presentes.

—¡Trato hecho, amigos! Digo: ¡Reyes Magos!

Los Reyes Magos montaron en sus camellos, y los peluches se quedaron contemplando las siluetas de los majestuosos personajes que a la distancia se fueron haciendo chiquitas. Luego volvieron la vista a los fantásticos juguetes sobre la cama y suspiraron.

Lo que la Jirafa había conseguido con el trato era tiempo. Tiempo para pensar. Pensar, pensar y pensar; y mientras pensábamos repetíamos: “comer bien”, “comer bien”, “comer bien”; hasta que deslumbré a todos con esta brillante idea:

—Los Reyes Magos dijeron que Armandito tiene que “comer bien” antes de abrir sus regalos ¿Cierto?

—¡Sí! —asintieron los peluches a coro.

—¿Y qué es “comer bien”, después de todo? —pregunté a los peluches.

—Comer frutas y verduras —dijo el Elefante.

—No necesariamente —dije.

—¡Pescado! —propuso Míster Jabón

—No necesariamente —volví a decir.

—¿Pollo? —sugirió el Tigre.

—No necesariamente.

—¿Miel? —aventuró el Osito Mieloso.

—No —dije.

—¡¿No?! —preguntaron los peluches con un signo de admiración en la pregunta.

—Se puede comer bien, digamos, un pedazo de papel, siempre que se mastique sin abrir la boca porque es de mala educación.

Entonces me saqué del bolsillo la carta de los Reyes Magos, la hice bolita, me la eché a la boca, la mastiqué con un placer fingido y me la tragué.

—¿Vieron qué bien me la comí?

Los peluches me miraban atónitos.

—Pues con mayor razón —proseguí—Armandito se “comerá bien” aquello que le guste mucho. Como por ejemplo... como por ejemplo...

—¡Pastel de chocolate! —gritaron los peluches a un tiempo.

V
PASTEL DE CHOCOLATE

Pero cuando ya regresaban los peluches con los ingredientes para hacer el pastel de chocolate llegó volando el terrible Pandafilando de la Fosca Vista. Corrieron a esconderse debajo de las cobijas. Abriendo huequitos entre las almohadas atisbaron al monstruo indeseable.

El Osito Mieloso abrazó a la jirafa muerto de miedo.

Como el Pandafilando de la Fosca Vista era medio cegatón no vio a los peluches, pero los olfateaba chasqueando las aletas de la nariz. Llegó a reconocer trece olores distintos. Por último, catorce. Y luego se fue.

Yo fui el primero en salir de mi escondite, poniendo en riesgo mis orejotas al peligro:

—¡Salgan, peluches! ¡No sean miedosos! —los exhorté valientemente.

Una vez confirmada la retirada del ente abominable, me dispuse a pedir los ingredientes para hacer el pastel de chocolate:

—¿Harina?

—¡Aquí la harina! —burbujeó Míster Jabón, arrojando un costal enjabonado sobre la cama.

—¿Polvo para hornear?

—¡Aquí está! —añaró el Hombre Sabandija, extendiendo el brazo.

—¿Huevos?

—¡Aquí los huevos! —sopló el Dragón —ofreciendo una canasta de huevos colgada de su cola.

—¿Leche?

—¡Aquí la leche! —rugió el Tigre, alargando la zarpia.

—¿Chocolate?... ¿Chocolate? —repetí.

—No está —barritó el elefante.

—¿Cómo que no está? —preguntaron todos al mismo tiempo.

—Nooop —confirmó el orejonzote de trapo.

—¡El Pandafilando ese se lo llevó! —aventuró el Osito Mieloso.

En seguida todos comprendieron que a eso había venido el malvado peluche, y que debían recuperar el chocolate para hacer el pastel antes de que Armandito despertara. Con ese propósito hicieron una lista de las capacidades ofensivas de que disponían: una trompa, ocho garras, una telaraña, un jabón, cuatro pesuñas y un Dragón... “¡Un dragón!”, repitieron todos.

—¡Nononononono! —protestó el afelpado lagarto, tosiendo—: Yo no, eso sí que no. Ya se me acabó la lumbre, ¡miren!

Sopló, desinflándose hasta quedar del tamaño de un calcetín.

—Dragón cobarde —lo amonesté indignado—. Solo sirves para secuestrar princesas.

—Y ahora, ¿quién podrá rescatar el chocolate? —clamé mientras los peluches se miraban unos a otros, hasta que uno dio un paso al frente:

—¡Yo! —dijo Súperhuarache.

—¡Y yo! —lo secundó Brody Vaquero.

Los peluches gritaron vivas y hurras a sus dos héroes, que en ese preciso instante se lanzaron desde el borde de la cama al infinito y más allá.

Mirándolos subir al cielo el Osito Mieloso exclamó:

—¡Qué bonito es volar!

Contagiado por la magia del momento, el Mono en un arranque de entusiasmo gritó:

—¡Miren cómo vuelo! —y cayó de la cama como sapo mojado.

VI

CHOCOLATE EN LAS NUBES

El perverso Pandafilando ya se había apoltronado a saborear su hurto en una nube cuando llegaron los dos valientes peluches.

—¡Detente, engendro del infierno, émulo del mal! —ordenó Brody Vaquero.

Pandafilando que, a punto estaba de darle una mordida a la tableta de chocolate, se volvió enojado:

—¿Quiénes sois y cómo os atrevéis a desafiarme?

—¡Brody Vaquero, a sus desórdenes! Presentose el valiente muñeco, tocándose la orilla del sombrero.

—Y yo, Súperhuarache, ¡para vencer a usted!

Brody Vaquero se dirigió a la repulsiva criatura con estas pendencieras palabras:

—¡Entréganos, malvado, el chocolate que robaste a los peluches!

A lo que el avieso ogro respondió:

—¿Cómo osáis? ¿Con qué arrojo? Os reto a que me lo quitéis, pero sin hacerme mordonéis.

—¡Yo primero! —dijo Brody Vaquero, apeándose de Súperhuarache y encarando al peluche de mala entraña.

—¡Defiéndete, botarga infernal! —le retó.

El monstruo rapaz se cruzó de brazos y dirigió a Brody Vaquero una sonrisa burlona. Sin dejarse intimidar, Brody Vaquero desenfundó su pistola, apuntó entre los ojos de la repugnante alimaña y disparó. El horrendo rufián se rascó la frente como si el balazo le hubiera ocasionado alguna clase de comezón. Entonces Brody Vaquero voló, saltó, gritó y se declaró vencido.

—Pues ahora te las verás conmigo, ¡bellaco! —gritó Súperhuarache, mostrando amenazante las suelas de sus huaraches. Voló dando vueltas sobre la cabeza del esperpento infame con la intención de marearlo, pero el mareado resultó él, y el indómito salvaje lo atrapó en el aire como quien atrapa al vuelo un mosquito con la mano.

—¡Me rindo! ¡Me rindo! ¡Tú ganas! —gritaba Súperhuarache—: ¡Tú ganas, Pandafilando de la Fosca Vista! ¡Te quedas con el chocolate!

Lo que el infecto adefesio no sabía es que este par de héroes de algodón eran más listos que fuertes, y que lo habían engañado. Y es que Brody Vaquero, aprovechando la corta visión del bruto gigantón, mientras éste perseguía a Súperhuarache había intercambiado el chocolate por un chile serrano, y ya se imaginaron lo que semejante vianda provocaría en el malvado Pandafilando de la Fosca Vista, cuyos alaridos se oyeron hasta China.

Dos puntos en el cielo fueron creciendo hasta quedar del tamaño exacto de Súperhuarache y Brody Vaquero, cuando regresaron a la cama con los brazos en alto, mostrando la tableta de chocolate como un trofeo.

—¡Bravo por Súperhuarache! ¡Bravo por Brody Vaquero! —gritaban y saltaban los peluches, abrazándose de dicha y felicidad.

Recuperado el codiciado ingrediente, de inmediato prepararon el pastel de chocolate:

*Hay que amasar muy bien la masa
polvo de hornear es una taza
este pastel no es de tomate
lleva betún de chocolate.*

Cuando Armandito despertó en su cama quedó maravillado a la vista del pastel y los juguetes. Las cobijas las aventó con los pies y los peluches cayeron de la cama, quedando en el suelo despatarrados, tiesos en posturas chuecas, mirando inmóviles cómo Armandito cortaba con el cuchillo una rebanada del pastel y con el tenedor se la llevaba a la boca. Tan bien se comió el pastel de chocolate, pero tan bien se lo comió que hasta se limpió la boca educadamente con un calcetín.



Luego saltó sobre las cajas de juguetes, rompió las envolturas y se puso a jugar con todo lo que le amaneció hasta que la luna se asomó por la ventana.

Y colorín colorado, hasta aquí este cuento de un niño tan malo para comer que se llamaba Armandito.

Armandito con el tiempo llegaría a comer frutas y verduras. Pinocho dejó de decir mentiras y el hada le regaló la vida de un niño de verdad. Yo nunca seré un conejo de verdad, pero no me importa. Yo sólo quiero contar cuentos. Si les gustó éste vuélvanlo a leer y animen a más niños, jóvenes y viejos para que lo lean también, porque durar tanto tiempo con las orejotas aplastadas entre las páginas de un libro sin abrir me pone de muy mal humor.

ÍNDICE

Presentación	7
El último mamut	11
La cuerda de Sol	31
Armandito no come y sus peluches	43

Después de su *Armandito no come y sus peluches*, una de las obras de teatro guiñol infantil más populares en Youtube, con más de un millón de visualizaciones, Alfredo Ortega Trillo incursiona en el género de los cuentos infantiles con esta colección de cuentos dedicada a los niños y niñas de TODAS las edades.

Armandito no come y sus peluches.

<https://www.youtube.com/watch?v=3-MW7cORUSk>



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Servicios Culturales
de Baja California